

de las armas. Obtuvo el permiso de pasar á Italia para servir á las órdenes del famoso Gonzalo de Córdoba; pero una enfermedad peligrosa que le sobrevino el mismo día de su partida, le impidió hacer su aprendizaje militar en la escuela del Gran Capitan, aunque no pudo impedir sus inclinaciones y sus proyectos. Todas las miradas se dirigian entonces á las Indias Occidentales, y Cortés cedió al impulso que lanzaba tantos aventureros al Nuevo Mundo, resuelto á ir á buscar tambien en él la fortuna y la gloria.



Hernán Cortés.

Llegó á Santo Domingo en el año de 1504, provisto de cartas de recomendacion para don Nicolás de Ovando, gobernador de la isla española, y fué muy bien recibido. Apenas tendria entonces unos 20 años, y ya dió pruebas de su valor y energia durante su viaje, en el que se vió espuesto á grandes peligros. Ovando, á quien agradó desde un principio, le tuvo á su lado por algun tiempo, confiándole comisiones importantes, y quedando satisfecho de sus talentos y su celo.

La fisonomía de Cortés prevenia á favor suyo; era bien formado y realzaba sus ventajas esterioras con cualidades que le granjeaban el afecto de cuantos le conocian. Generoso, discreto, chistoso en su conversacion, tenia gusto en hacer un favor; pero sin ostension

y sin pretender sacar partido de su condescendencia. Sencillo y modesto en sus modales é indulgente con los demas, tenia horror á la maledicencia.

En 1511, Velazquez, que habia oido hablar del mérito de Cortés, le propuso el empleo de secretario y le llevó consigo á Cuba; pero el gobernador descontentó á algunos, y Cortés que habia caido en desgracia suya, se encargó de presentar las quejas de los descontentos en la real audiencia de Santo Domingo. Habiendo sido descubierto este proyecto, Cortés fué preso y sentenciado á la pena capital. Intercedieron por él personas de consideracion, y pidieron su indulto, que fué concedido por el gobernador, limitándose á enviarle preso á Santo Domingo.

Le embarcaron en un navío pronto á partir; pero como á bordo no tuviesen cuidado de él, se atrevió por la noche á saltar al mar, llevándose agarrada una tabla. Con su ayuda y luchando contra las olas, consiguió llegar á la costa, donde volvió á caer en poder de Velazquez; pero esta desgracia fué el origen de su elevacion, porque el gobernador, admirando la energia é intrepidez de Cortés, le perdonó y quiso atraerse colmándole de favores. Creyó haber encontrado en aquel jóven lo que buscaba, es decir, un acérrimo partidario de su voluntad y sus intereses; pero se equivocaba, y todos los que habian podido observar de cerca al nuevo comandante y traslucir la ambicion que le dominaba pronosticaron que Velazquez no tardaria en arrepentirse de haberle elegido.

Un dia en que el gobernador y el capitán general de la armada fueron juntos al puerto para inspeccionar y activar los preparativos de la espedicion, un bufon, llamado Francisquillo, se acercó á ellos y se puso á decir que Velazquez no tenia prevision y que debía prevenir otra escuadra para ir en persecucion de Cortés. «—Compadre, dijo el gobernador, que llamaba así familiarmente á Cortés por haber sido padrino de una hija suya, ¿ois lo que dice ese pícaro Francisquillo?»

—Es un loco, dijo Cortés, y es preciso dejarle hablar.»

La envidia y resentimiento de algunos oficiales que habian pretendido el mando concedido á Cortés, consiguieron despertar la desconfianza de Velazquez, y para evitar sus consecuencias trató aquel de acelerar su partida. En pocos dias reunió bajo sus órdenes cerca de 300 hombres, entre los que se hallaba Bernal Diaz del Castillo, que escribió la historia de esta espedicion memorable. El estandarte que dió á sus tropas llevaba el signo de la cruz con estas palabras latinas por divisa: *Vincemus hoc signo, con esta señal venceremos*. Era la inscripcion del Labarum, adoptado por Constantino despues de su célebre victoria contra Maxencio.

Era tanto lo que Cortés temia los efectos de la desconfianza, ya manifestada varias veces por el gobernador, que resolvió embarcarse sin despedirse de él. Velazquez se hallaba acostado; sabiendo que la escuadra iba á hacerse á la vela, se levantó prontamente al amanecer, para ir á la costa con un numeroso acompañamiento. Apenas Cortés le vió, vino á saludarle en una chalupa, donde habia cuidado se embarcasen hombres de toda su confianza y bien armados. Al acercarse á la costa, Velazquez le dijo:

—¿Y qué, compadre, os marchais sin despediros? ¡Abandonar así á los amigos es cosa bien estraña!

—Señor, le respondió Cortés, os suplico me perdo-



neis; pero sabed que las grandes empresas reclaman la mayor diligencia: indicadme solamente lo que deseais que ejecute para serviros, y vuestras órdenes serán inmediatamente cumplidas.

Velazquez atónito guardó silencio, y Cortés, volviendo al instante á su flota, partió de Santiago el 18 de noviembre de 1518, y costeando del Norte hácia el Este, fué á fondear al puerto de la Trinidad.

Habia sido precedido por una orden de Velazquez al alcalde de dicha villa, para que recogiese á Cortés su nombramiento, es decir, el título de capitán general de la flota.

El alcalde se apresuró á participar á Cortés la orden que habia recibido; pero éste manifestó al alcalde que tan súbita mudanza en el ánimo del gobernador no

armadura como mejor defensa que el hierro contra las flechas y dardos americanos.

La escuadra de Cortés se componia de 10 navios y un bergantín. Dividió su pequeño ejército en 11 compañías, al mando cada una de un capitán, que lo era al mismo tiempo de uno de los buques, para que así tuviesen la misma autoridad en tierra que en mar. El se encargó de la primera compañía, declarando que las ponía todas bajo la protección especial de San Pedro, cuyo nombre habia de ser, por decirlo así, su grito de guerra.

Se hizo á la vela del puerto de la Habana el 10 de febrero de 1519, y después de haber luchado por algunos dias contra vientos muy impetuosos, toda la escuadra se reunió en la isla de Cozumel, donde se ve-



Reconócese á Aguilar.

podia provenir mas que de un error ó mala inteligencia, y comprometió al primer magistrado de la Trinidad á que retardase la ejecucion de la orden hasta que Velazquez respondiese al mensaje que iba á dirigirle, demostrando al mismo tiempo el mas profundo respeto á la autoridad del gobernador de Cuba. Como el alcalde no se hallaba en disposicion de obligar á Cortés á que le obedeciese, tuvo que pasar por lo que este quiso, y le concedió la próroga que solicitaba. Cortés escribió en efecto á Velazquez; pero levantó áncoras y se dirigió á la Habana.

Obligado á detenerse en este punto, aprovechó el tiempo para desembarcar la artilleria, hacer que limpiasen las armas y ejercitar á los artilleros. Como el territorio de la Habana producía algodón en abundancia, mandó hacer una especie de arma defensiva ó coraza, formada de algodón entretelado, á la que dió el nombre de estampilla. Se adoptó generalmente esta

*Viage ilustrado.*

rificó una revista general. El número de tropas ascendía á 508 soldados, sin contar los oficiales y 109 hombres para el servicio de los navios. Entre los soldados habia 13 con mosquetes, 32 con ballestas, y los demas no tenían mas que espadas y lanzas. La caballería de Cortés, esta caballería que habia de hacer un papel tan importante en la expedición, solo constaba de 16 ginetes. Su artilleria estaba reducida á 10 cañoncitos de los llamados de montaña, y 4 culebrinas, especie de cañon largo y delgado que ya no está en uso.

Entretanto Velazquez, informado de que Cortés habia salido de la Trinidad á pesar de sus órdenes, acusó de traicion al oficial que no las habia ejecutado y tomó sus medidas para que Cortés, detenido en la Habana, fuese enviado preso á Santiago. Avisado el capitán general de la escuadra del peligro que le amenazaba, halló medio de eludir el furor de Velazquez



y salvarse de sus violencias. Dió parte á sus compañeros, con cuyo afecto podia contar, del proyecto formado por Velazquez, y les indicó la suerte que le estaba reservada por la injusticia del gobernador, pidiéndoles en el acto su parecer sobre el modo con que deberia conducirse. Todos le respondieron á una voz que no debia inquietarse por las malélicas disposiciones de Velazquez contra él, y le indujeron á que siguiese con el mando que se le habia confiado, suplicándole no les privase de un gefe que merecia toda su confianza. Todos juraron que estaban prontos á seguirle á donde quisiese llevarlos, arrojando todos los peligros y hasta la muerte.

Seguro de esta suerte Cortés del afecto y decision de sus soldados, dió la órden de la partida y se hizo á la vela para ir á conquistar un imperio mucho mas vasto que todos los paises reunidos entonces bajo el dominio del rey de España.

Estaba resuelto á seguir el mismo rumbo que habia conducido á Grijalva á sus importantes descubrimientos; así es que se detuvo primeramente en la isla de Cozumel. Su llegada fué una dicha para un español arojado por un naufragio á la costa y hecho esclavo por los salvages. Este hombre, llamado Aguilar, habia pasado ya ocho años en la esclavitud, y costó trabajo el reconocerle, porque habia adoptado las costumbres, maneras, lenguaje, y hasta la misma figura de los indios. El sello de su origen europeo estaba completamente borrado en aquel infeliz, que apenas se acordaba de su patria. Se hallaba desnudo como los salvages, cuyo color bronceado tenia; sus cabellos estaban trenzados alrededor de la cabeza, á la moda del pais, y tenia en la mano un arco, llevando el escudo, aljaba y flechas á la espalda. No tenia mas bienes que una bolsa de punto, en la que guardaba sus víveres y un antiguo libro de horas que leia con piadosa constancia. Cuando hablaba, su lenguaje era casi ininteligible; apenas se acordaba del idioma castellano, que en su boca se habia convertido en un dialecto bárbaro, formado en gran parte de palabras indias.

Contó á Cortés que cuando él y sus compañeros naufragaron en la costa eran 19, pero que el hambre y las fatigas hicieron que murieran 7; los demas fueron cogidos por un cacique del pais, hombre feroz que sacrificó en el acto cinco á sus ídolos y se los comió despues. Los que por el pronto no saciaron el horrible apetito de aquel antropófago estaban destinados á un suplicio mas cruel que la muerte; los encerró en una jaula para que fuesen engordando. Habiendo logrado escaparse pasaron por mucho tiempo una vida errante en los bosques, alimentándose de yerbas y raices, y estaban á punto de sucumbir, cuando descubiertos por algunos indios fueron presentados á un cacique, el que los recibió con benignidad y les prodigó todas las atenciones de una hospitalidad generosa, porque era enemigo del que los habia tratado tan cruelmente. A pesar de esto fueron condenados á un trabajo muy penoso que escedia sus fuerzas. Solo dos pudieron resistir el exceso de la fatiga y sobrevivir á sus compañeros de infortunio; estos fueron Aguilar y Guerrero; pero su suerte mejoró, porque habiendo prestado singulares servicios al cacique su amo, en una guerra que sostuvo contra otros gefes, se mostró tan agradecido que los hizo amigos y confidentes suyos. Gracias á esta nueva situacion, Guerrero se casó con una india de una de las familias mas poderosas del pais, y poco despues de su matrimonio obtuvo un mando de importancia. Poco

á poco se aficionó de tal manera á la vida y costumbres de los americanos, que á la llegada de los españoles no quiso unirse ni aun presentarse á ellos, lo que se debe atribuir á la vergüenza que pasaria presentándose á sus compatriotas con todos los signos distintivos de los salvages, porque segun decia Aguilar, tenia la nariz taladrada como los indios, y su cuerpo estaba pintado de diversos colores.

Cortés abrazó al pobre Aguilar, dando su misma capa para cubrir la desnudez de aquel español, feliz por volver á verse entre sus hermanos. El capitan general esperaba con fundamento que Aguilar le seria muy útil en sus negociaciones con los indios, cuyo idioma hablaba con facilidad.

Saliendo de Cozumel, Cortés avanzó hácia la provincia de Tabasco, queriendo llegar al parage en que el rio de Grijalva desemboca en el mar. Como su predecesor, que puso su nombre al rio, no habia tenido motivo de queja por parte de los habitantes, esperaba el capitan general que á él le sucederia lo mismo; pero se engañaba, y cuando la nave capitana fué descubierta por los naturales, acudieron manifestando intencion de oponerse al desembarco. Cortés les envió al instante el intérprete Aguilar para que renunciase á sus designios hostiles; pero ellos rehusaron escucharle, y sin dejarle hablar tuvo que volverse á bordo sin haber adelantado nada.

Cortés no queria ser el primero á romper las hostilidades: impaciente por llegar lo mas pronto posible á las costas mas inmediatas al vasto imperio mejicano, la resistencia de los salvages era para él un sensible contratiempo.

Puesto en la alternativa de ceder á las amenazas de los salvages, dando así alas á su insolencia, ó dar principio en un pais tan distante del término de sus esfuerzos á una guerra que por feliz que fuese le habia de ocasionar grandes pérdidas de hombres y de tiempo, se decidió por fin á tomar el partido violento de un ataque que juzgó necesario.

Al amanecer estaban terminados todos los preparativos para el combate. Dispuesta la escuadra en semicírculo, empezó á subir contra la corriente del rio; pero antes de empezar el combate quiso Cortés hacer nueva tentativa para ver si los indios se sossegaban. Aguilar, en calidad de intérprete, fué á decirles que de ellos dependia el ser tratados como amigos ó enemigos; pero ellos, sin escucharle, dieron en medio de espantosos aullidos, la señal del ataque avanzando todas sus canos contra la flota española.

Comenzaron por lanzar flechas y piedras contra los españoles, que padecieron mucho, acribillados por aquella nube de proyectiles. Hasta entonces se habian mantenido inmóviles, sin contestar mas que con su desden á las amenazadoras bravatas de sus enemigos; pero ya era tiempo de pensar en la defensa, y Cortés mandó disparar algunas piezas de artillería que bastaron para que terminase el combate. Asustados los indios con el estrépito de aquel trueno, que retumbaba contra ellos, y sobre todo, de los terribles efectos de su poder, se precipitaron en el agua para salvarse á nado. En un momento quedaron abandonadas todas las canoas, y acercándose la flota española á la costa, Cortés desembarcó sin dificultad con todas sus tropas.

La contienda no estaba todavía terminada. Los indios que habian abandonado sus canoas para huir á los bosques, se incorporaron á un crecido número de naturales que venia para atacar á los españoles, y sor-



prendiendo á Cortés en el momento en que formaba su pequeño ejército en batalla le empezaron á acribillar con flechas y piedras. El general español continuó formando sus líneas con una sangre fría extraordinaria, marchando despues contra los enemigos, aunque para Hegar hasta donde estaban sus masas compactas habia que atravesar profundos pantanos y ásperos bosques. Cuando los salvages vieron venir á los soldados españoles en buen órden y alineados unos con otros, no se atrevieron á esperarlos, y con su pronta huida evitaron los golpes de un enemigo cuyo marcial continente y brillantes armas les ofrecian un espectáculo tan nuevo como terrible.

El valor que manifestó Cortés en este combate reveló ya á sus soldados lo que debian esperar de semejante general. Al principio de la accion se le quedó un zapato en el fango de un pantano que tuvo que atravesar, sin que lo echase de ver hasta que, puestos los indios en completa derrota, consiguió una victoria general.

El enemigo habia corrido á refugiarse á Tabasco, pueblo fortificado con una hilera de troncos clavados en tierra, como las empalizadas que se usan en las poblaciones fortificadas de Europa. El único camino que conducia á la ciudad era tan sumamente estrecho y tortuoso, que era muy temible aventurarse á él con imprudencia. Otro que Cortés hubiera titubeado á vista de tales dificultades; pero él marchó vía recta á la poblacion, de la que pensaba apoderarse sin resistencia; mas los habitantes estaban resueltos á defenderse hasta la estremidad. Habian cortado con pies derechos la entrada del pueblo y de las calles, en términos que Cortés tuvo que dar otro nuevo ataque, cuyo resultado no fué dudoso. Los indios, arrojados de todas sus posiciones, dejaron entrar á los españoles; pero rehaciéndose en la plaza principal, sostuvieron una pelea aun mas encarnizada. En fin, los indios cedieron, y yendo á refugiarse á las selvas, dejaron á los españoles por dueños de Tabasco.

Cortés mandó á sus soldados que no persiguiesen á los fugitivos. El botin que esta victoria proporcionó á los españoles, sobrepujo á sus esperanzas, porque si los indios se habian llevado á los bosques lo mas precioso, dejaron por lo menos en la poblacion abundantes viveres, que tanta falta hacian á los españoles, estenuados de hambre y de fatiga.

No menos prudente que animoso Cortés, tomó todas las precauciones necesarias para poner en salvo á su tropa, y sobre todo preservarla de una sorpresa. Al acercarse la noche alojó á todos sus compañeros en tres templos, situados en los sitios mas dominantes de Tabasco; colocó sus centinelas por escalones para que en caso de alarma los soldados tuviesen tiempo de ponerse á la defensiva. Infatigable en su vigilancia, no disfrutó un momento de reposo, y cuando dormian casi todos sus soldados para reparar sus fuerzas, agotadas en combates y marchas penosas, él rondaba para ver si los centinelas que habia colocado cumplian con su deber.

Al salir la aurora encargó á algunos oficiales que fuesen á reconocer los bosques inmediatos, pero no encontraron ni un indio siquiera, lo que pareció de mal agüero á Cortés. Mandó que se hiciese el reconocimiento mas lejos, y entonces se descubrió un ejército como de 40,000 salvages, preparándose á presentar batalla á los vencedores de la vispera. Semejante aviso en la posicion en que se hallaba Cortés era

para desalentar al gefe mas animoso, viéndose al frente con tal multitud de hombres, estimulados por el doble fanatismo de la religion y la libertad, y pudiendo reparar tan fácilmente sus pérdidas, mientras que la muerte de un solo español no era compensada con la de un millar de indios. El capitán general no ignoraba á qué peligros se veia espuesto; pero sin dar parte á las tropas de sus inquietudes, les presentaba siempre un semblante con tal aire de firmeza y seguridad, que logró inspirarles una confianza que él estaba muy lejos de tener, y cuando su pequeño ejército vió á su general siempre tranquilo y sereno, no dudó un solo instante de la victoria.

El primer cuidado de Cortés fué tomar una posicion favorable al corto número de sus tropas, formándolas en batalla al pie de una colina, cuya elevacion impedía que el enemigo acometiese por detrás. Colocando la artillería sobre esta colina, podian sus disparos hacer mas estrago en los apiñados pelotones de los indios. El con los pocos ginetes que habia se apostó en un bosque vecino para salir y caer de improviso sobre los enemigos. Tomadas estas disposiciones esperó á los indios, que no tardaron en presentarse.

La mayor parte venia armada de flechas y de arcos, cuya cuerda era de un nervio de buey ó pelos de ciervo retorcidos; la punta de las flechas estaba formada con un hueso cortante ó una fuerte espina de pescado. Se servian tambien de un venablo que arrojaban desde lejos, ó con el que combatian de cerca, manejándole como una espada; pero la mas mortífera de sus armas era un sable de madera muy dura y con el corte formado de piedras agudas engastadas en la madera.

Este sable era tan pesado que era preciso servirse de las dos manos para manejarle. Muchos salvages llevaban tambien mazas; otros hondas, con las que arrojaban á bastante distancia y con buen tino piedras muy grandes. Solo los gefes tenian armas defensivas, que consistian en una coraza de algodón entretelado, y un escudo hecho de madera ó con la concha de una tortuga. Por lo que hace á los soldados iban enteramente desnudos, y creian aparecer mas formidables pintándose la cara y el cuerpo de diferentes colores. Con el fin de aparecer mas altos se ponian en la cabeza grandes plumas, enlazadas entre sí para formar un ancho penacho.

Su música militar no era menos estraña que el traje, pues consistia en una flauta de caña y un tambor hecho del ahuecado tronco de un árbol. Aunque ignorasen completamente el arte de alinearse para combatir, observaban, sin embargo, cierto órden, y su ejército estaba dividido en pequeñas divisiones, cada una con su gefe particular. En una sola cosa se parecia su estrategia á la táctica europea, y era en que rara vez acometian con toda la fuerza al enemigo, sino que reservaban una parte que constituia su refuerzo, ó como se dice en el lenguaje militar, su cuerpo de reserva.

Anunciaban siempre con grandes gritos su primer ataque, el que siempre era muy impetuoso; pero si el enemigo se sostenia y el desórden llegaba á introducirse entre los primeros acometedores, resultaba inmediatamente una grande confusion, una mezcla general, seguida bien pronto de la fuga y derrota de todo el ejército.

Tal era el enemigo cuyos cerrados y numerosos batallones se acercaban para combatir ó mas bien aniquilar el pequeño ejército de Cortés, que firme en sus



posiciones esperaba el ataque. Apenas los indios llegaron á tiro de flecha empezaron la batalla, dando espantosos gritos y lanzando tanta cantidad de flechas que oscurecían el aire. Los españoles, que hasta entonces habían guardado un profundo silencio, contestaron al enemigo con una descarga general de sus cañones y arcabuces, cuyo fuego abrió anchas brechas en los batallones indios; pero aquellos truenos que enviaban la muerte á sus filas no asustaron á los salvajes, atentos solo á llenar los huecos que entre ellos hacían los disparos de la artillería y arcabucería. Hasta se les vió coger tierra y arrojársela al aire para que aquella nube de polvo ocultase á los enemigos las pérdidas que sufrían.

Por vigorosa que fuese la defensa de los españoles, el encarnizamiento, y sobre todo, la superioridad

españolas, se contentó con hacer algunos prisioneros, de los que pensaba servirse para establecer la paz con la nación que acababa de vencer. Contáronse en el campo los cadáveres de 800 indios. Los españoles no perdieron mas que dos hombres, pero tuvieron hasta 70 heridos. En cuanto al número de heridos indios no se pudo averiguar, porque los que no recibieron herida de consideración desaparecieron, mezclados en el tropel que ocasionó la derrota general.

Al otro día de la batalla llevaron algunos prisioneros á la presencia de Cortés; estaban pálidos y temblando porque creían que los iban á matar; pero cuál fué su asombro cuando el general español, que los recibió con benevolencia, les anunció por medio de Aguilár que ya estaban libres; su alegría fué aun mas estrépitosa al recibir algunas bagatelas de Europa que les



Ofrenda de los indios á los caballos.

numérica del enemigo debían al fin triunfar de su valor. Ya les había costado mucho trabajo rehacer sus filas, rotas por la impetuosidad de los indios; ya se les acababan las fuerzas, cuando Cortés salió de improviso del bosque al frente de su caballería, y se precipitó en medio de los indios, que nunca habían visto un hombre á caballo. La vista de los ginetes, que con su caballo se les representaban como un solo animal, les causó tal sorpresa que las armas se les caían de las manos.

Los españoles se aprovecharon de aquellos momentos en que alojaba el combate para establecer el orden en su línea de batalla y en sus movimientos; rompieron un fuego mas vivo de cañones y arcabuces, y tomaron á su vez la ofensiva con tanta energía, que los indios, puestos al fin en completa derrota, huyeron en todas direcciones.

Cortés mandó á sus soldados que diesen cuartel á los fugitivos, y satisfecho de haber probado por segunda vez á los indios la superioridad de las armas

regaló Cortés. Se les hacía tarde para ir á contar á sus compatriotas la generosidad de los españoles, la que bastó para que los indios cambiasen en pacíficas disposiciones sus trasportes de furor y sus proyectos de venganza.

Aquel pueblo que había jurado guerra á muerte á los españoles, se hizo bien pronto amigo suyo: los indios empezaron á traer víveres al campamento, y Cortés los recompensó con magnificencia. Hasta el mismo cacique envió sus embajadores con regalos á pedir la paz, que les fué concedida sin tardanza. Él vino poco tiempo despues y recibió regalos que le agradaron mucho; y para dar á Cortés una brillante prueba de agradecimiento, le ofreció 20 jóvenes indias, diestras en hacer el pan de maíz.

Entre aquellas jóvenes había una notable por su belleza. Era hija de un cacique indio, y arrebatada en su edad temprana del lado de su padre, fué vendida al cacique de Tabasco. Despues fué bautizada y se la puso por nombre Marina. Como tenía una rara inteli-



gencia aprendió en poco tiempo la lengua española, y el general se valió útilmente de ella en sus repetidas negociaciones con los mejicanos. Algunos historiadores aseguran que Cortés, en agradecimiento á los servicios que le habia hecho, la elevó al rango de esposa suya, y que un hijo llamado Martín Cortés fué el fruto de esta union.

En el momento en que el cacique y los principales indios estaban reunidos en la tienda del general, los caballos se pusieron á relinchar. Al instante los indios llenos de espanto, preguntaron por qué aquellos seran tan poderosos daban unos gritos tan terribles. Se les respondió que así manifestaban su cólera, porque el cacique y su pueblo no habian sido castigados severamente por su audaz resistencia á los españoles. Apenas escucharon esta respuesta, cuando discurrieron el medio de apaciguar la cólera de aquellos formidables cuadrúpedos, yéndoles á buscar mantas en que pudiesen descansar sus fatigados miembros, volateria y frutas de toda clase para su alimento. Despues se hincaron de rodillas delante de los caballos pidiéndoles perdon, y jurando que en lo sucesivo serian súbditos constantes y decididos de los españoles.

Cortés que deseaba llegar á las costas occidentales del pais, dispuso los preparativos de la partida. El brillante triunfo que acababa de obtener le hacia esperar igual felicidad en sus demas empresas. Sus soldados estaban tambien poseidos del mas vivo entusiasmo. Terminados los preparativos, la escuadra se hizo á la vela dirigiéndose al Oeste.

En esta segunda expedicion Cortés visitó todos los parages en que Grijalva le habia precedido, y abordó á la isla de San Juan de Ulua, fondeando la escuadra entre la isla y tierra firme. Apenas se habia anclado, cuando dos piraguas (este era el nombre que daban los indios á sus grandes barcas, hechas de un solo tronco de árbol) se acercaron á los navíos españoles. Venian en ellas algunos indios, al parecer personajes de distincion, los que no manifestaron la menor inquietud, aumentándose su confianza con el buen recibimiento que Cortés les hizo á bordo de su navío. Como venian comisionados para hacerle proposiciones, mandó á Aguilar que le explicase lo que decian; pero el intérprete no pudo entender una palabra siquiera de aquel idioma; era el mejicano, y Aguilar no entendia mas que el idioma de Yucatan, diferente en un todo del primero.

La posicion de Cortés en presencia de los enviados mejicanos se iba haciendo embarazosa, cuando advirtió de repente que Marina, la bella esclava de que ya hemos hablado conversaba con muchos de aquellos indios, y supo bien pronto que aquella jóven, nacida en una de las provincias de Méjico, de donde habia sido arrebatada y conducida á Yucatan, hablaba con igual facilidad el idioma de los dos paises. Por su intermedio se entablaron las negociaciones, porque hablando á los mejicanos en su idioma, traducia en el acto sus palabras en el lenguaje del Yucatan á Aguilar, quien inmediatamente se las explicaba en español á Cortés.

Asi fué como el capitán general supo que Pilpatoe, gobernador de la provincia, y Teutile, general del emperador Motezuma, le enviaban aquellos indios para preguntarle cuál era el objeto de su viage y ofrecerle cuanto pudiera necesitar para continuarle.

Cortés respondió del modo mas afable, que solo le traia á su territorio el deseo de hacer alianza con su nacion, comunicando noticias del mayor interés para

ella. Despues de haber trasmitido esta respuesta á los embajadores, los despidió muy contentos de su munificencia, y en seguida hizo que desembarcasen inmediatamente las tropas, los caballos y la artillería. Los españoles fueron ayudados en esta operacion por los naturales que, rivalizando en celo y presteza, les construyeron cabañas de hojas. ¡Infelices, no se figuraban cuánto les iba á costar aquella hospitalidad tan generosa!

Al dia siguiente llegaron Pilpatoe y Teutile, seguidos de una numerosa tropa de mejicanos armados; todo su tren anunciaba el poder del monarca á quien representaban. Cortés juzgo tambien que por su propio interés debía desplegar el mayor fausto para imponer á los mejicanos y darles alta idea del poderio del soberano que le enviaba por embajador. Mandó á sus guerreros que formasen á su alrededor con todo el aparato militar que podia herir la imaginacion de los enviados mejicanos, y él mismo los recibió con cierta dignidad que infundia respeto.

Habiendo preguntado á Cortés los enviados de Motezuma cuáles eran sus intenciones, de qué tierra venia y qué monarca le enviaba, él les respondió en pocas palabras que venia en nombre de Carlos de Austria, grande y poderoso emperador de Oriente; que venia encargado por este monarca de diversas proposiciones para el emperador Motezuma; pero que estas proposiciones eran de tal naturaleza, que exigian un coloquio particular con él, por lo que pedia que inmediatamente le llevaran á la presencia del emperador.

El monarca á quien Cortés daba el pomposo título de emperador del Oriente era Carlos V, nieto de Fernando el Católico. Este, que no habia tenido hijos, sino una hija llamada Juana, concedió su mano á un príncipe austriaco llamado Felipe. De esta union nació un hijo, á quien pusieron el nombre de Carlos, el que muerto su abuelo Fernando, resultó ser el heredero mas inmediato de la corona. Proclamado rey de España, unió á esta soberanía la de los Países Bajos, y despues fué elegido emperador de Alemania con el nombre de Carlos V, porque habia habido otros cuatro Carlos antes que él.

Los enviados mejicanos, que estaban muy lejos de esperar semejante respuesta, la oyeron con tanta sorpresa como disgusto, porque no ignoraban cuán desagradable seria al emperador Motezuma la visita que el general español tenia empeño en hacerle. En efecto, aquel monarca estaba atormentado por los mas tristes presentimientos desde la primera aparicion de los españoles en las costas de Méjico. Aumentaba sus terrores una antigua tradicion, que anunciaba que una nacion poderosa vendria tarde ó temprano del Oriente á invadir y conquistar el imperio de Méjico. Esta antigua profecia, trasmitida de generacion en generacion, esplica el espanto de los mejicanos en general y de Motezuma en particular, asi como el compromiso en que puso á los dos enviados la respuesta de Cortés, que exigia imperiosamente ser conducido á la capital del imperio.

A pesar de todo abrigaban la esperanza de obligar al general español con magníficos regalos á que abandonase su proyecto: Cortés los recibió manifestando su profundo agradecimiento, y esta manifestacion engaño por un momento á los enviados, que se animaron á declarar al general español que era imposible satisfacer á su demanda. Cortés, variando entonces de tono y de